

**«Una voz de océano o árbol señorial»,  
Juan Ramón Jiménez, 1948.  
Un viaje al Uruguay**

*Alfonso Alegre*

Setenta y cinco años después del viaje de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí al Río de la Plata, muy poco se ha escrito aún sobre esos intensos meses que el matrimonio español pasó en el Río de la Plata. Me apresuro a señalar que este olvido no debería extrañarnos. Por desgracia, ni siquiera la extraordinaria poesía que Jiménez escribió durante ese viaje, y que al volver a Washington reunió en el libro *Animal de fondo*,<sup>1</sup> ha merecido por parte de la crítica en general, ni lo que es peor, por parte de los propios poetas, la atención que se merecía.

El poeta español había sido invitado por la sociedad *Los Anales de Buenos Aires* para dar un ciclo de conferencias en Argentina y Uruguay. Con este fin, Juan Ramón y Zenobia llegaron al puerto de la capital argentina la mañana del 4 de agosto.

En las distintas etapas de su viaje, la estancia del matrimonio español en Uruguay fue muy breve, pero de una intensidad y de unos frutos que aún no se han ponderado suficientemente. En el contrato que el poeta firmó en Estados Unidos (EE. UU.) con *Los Anales de Buenos Aires* ya se contemplaba la visita a Montevideo y dos conferencias en el Teatro Solís de la capital uruguaya. De hecho, dichas conferencias fueron la segunda y la tercera de las que dio Jiménez en el viaje, inmediatamente después de la primera, que ofreció el 9 de agosto en el Teatro Politeama de Buenos Aires.

Además de las conferencias que Juan Ramón dio en Montevideo, él y Zenobia conocieron a escritores mayores y jóvenes, visitaron escuelas y hablaron con niños y con maestros. El poeta fue objeto del homenaje de toda la nación en una sesión del Senado uruguayo.

---

<sup>1</sup> El libro salió de imprenta el 4 de julio de 1949 —solo siete meses después del regreso de Zenobia y Juan Ramón a los EE. UU.— en una cuidada edición que incluía la traducción al francés de los poemas a cargo de Lysandro Z. D. Galtier.

Debido a la intensa brevedad de esta visita, conviene que sea, en la medida de lo posible, muy cuidadoso con el calendario de todo lo que ocurrió en aquellos días. Se suele afirmar, por ejemplo, que el matrimonio Jiménez estuvo cinco días en Uruguay. Sin embargo, no fue así, sino que la estancia fue de seis días. Llegaron a Montevideo, procedentes de Buenos Aires, el día 12 de agosto por la mañana y regresaron, también por mar, a la capital argentina el 18 del mismo mes.

Muy pronto, ya desde los primeros años del siglo xx, Juan Ramón tuvo relación epistolar con algunos de los escritores uruguayos más importantes de la modernidad. En especial con José Enrique Rodó, cuya correspondencia con el poeta español editó por vez primera Emir Rodríguez Monegal gracias a la ayuda que le ofreció el propio Jiménez (1954: 25-26). Fruto de esa temprana relación —Juan Ramón tenía a la sazón solo veintiún años— es el envío de *Ariel* que Rodó le hace, con la dedicatoria: «A J. R. Jiménez, al poeta, al amigo. José Enrique Rodó, Montevideo, 1903». Casi cincuenta años después, Juan Ramón regaló ese ejemplar de *Ariel* a la biblioteca de José Enrique Rodó, custodiada en la Biblioteca Nacional de Uruguay, añadiendo bajo la de Rodó la siguiente dedicatoria: «A la Biblioteca José Enrique Rodó, de Montevideo, con la devoción de un amigo, Juan Ramón Jiménez. Washington, 1949».

Juan Ramón tuvo también relación epistolar con Delmira Agustini, que en 1914, poco antes de morir, le envió *El libro blanco* (Jiménez, 2006: 244-245). El poeta español respondió con una carta a la poeta uruguaya, pero cuando quiso enviársela ya había sido asesinada.

Antes del viaje a Montevideo en 1948, que ocupa estas páginas, hay que señalar que Juan Ramón había tenido también relación epistolar con escritores uruguayos como Gastón Figueira, Sofía Arzarello, Esther de Cáceres, Juana de Ibarbourou, Julio J. Casal, Clara Silva, Emilio Oribe o Juvenal Ortiz Saralegui.<sup>2</sup> Algunos de estos autores fueron, precisamente, los que lo recibieron el día 12 de agosto de 1948. El diario *El Plata* se hizo eco de esa llegada y, gracias a ello, tenemos noticia exacta del momento:

<sup>2</sup> De todos ellos se guarda correspondencia y/o libros enviados al poeta español en la Sala Zenobia y JRJ de la Universidad de Puerto Rico.

Juan Ramón Jiménez, el gran poeta español de fama universal, llegó hoy de mañana a Montevideo. [...]

Se había anunciado ayer que el autor de *Platero y yo* desembarcaría a la hora diez del vapor de la carrera que lo trajo de la capital argentina, pero cuando nosotros y las personas amigas que acudieron al puerto para darle la bienvenida, llegamos junto al barco, Juan Ramón Jiménez hacía ya más de dos horas que se encontraba en tierra, tratando, desde el hotel en que se hospeda, de comunicarse telefónicamente, como él mismo nos lo dijo después, con las doce únicas personas que conocía en Montevideo.

En la foto que acompaña a la noticia podemos ver, junto a Juan Ramón y Zenobia, a Esther de Cáceres, Sara Durán de Ortiz Basualdo, Carlos Sabat Ercasty, Emilio Oribe, Juvenal Ortiz Saralegui y José Pedro Díaz.

La gran suerte que tiene hoy el investigador al estudiar aquellos días es que quienes han dejado testimonio son, en su mayoría, poetas, y que sus recuerdos nos permiten entrar en el momento como solo la verdadera poesía sabe hacerlo. Así, por ejemplo, José Pedro Díaz, en sus diarios, relata:

Viernes 13 de agosto de 1948:

Ayer 12, por la mañana, conocí a Juan Ramón Jiménez. Oribe me pidió que lo llevara al puerto en el coche y fuimos. No estaba ya. Fuimos al hotel (La Alhambra), luego de recoger, por el camino, a Esther de Cáceres [...] Subimos. Y entonces encontramos al hombre con cordial mesura y con una profundísima desmesura de presencia. [...] Vestía con elegante sobriedad un traje casi negro y muy liso. Sus manos se mueven poco, pero cuando lo hace, livianamente, es para crear formas delicadas delante de él —cuando habla del mar, del campo— y detrás de esas momentáneas figuras, una cabeza quiijotesca (2011: 218-219).

Al día siguiente de su llegada, 13 de agosto a las 18:40, Juan Ramón dio su primera conferencia en el Teatro Solís, que llevaba como título «La razón heroica», y luego, el lunes 16 a las 18:40, en el mismo teatro, disertó sobre «Poesía abierta y poesía cerrada». Estas dos conferencias sustituyeron a las previamente anunciadas, que eran «Límites del progreso» y «Aristocracia inmanente». Ambas fueron reseñadas por los principales periódicos uruguayos y vemos,

por las noticias, que tuvieron un gran éxito y aforo completo. Carlos Ramela, en el semanario *Marcha*, reseñaba así la primera: «Comenzó el poeta su disertación introduciendo un elemento sobrecogedor sobre el auditorio, al señalar que “haber llegado al Uruguay antes de irse de la vida era un descanso para su inquieta ansia de querer ultramarinos”» (1948: 14). Y terminaba haciendo hincapié en el éxito del acto.

Por un telegrama, inédito hasta hoy, del 13 de agosto a las 21:10 horas, dirigido a Juan Ramón y firmado por Alfredo y Esther de Cáceres, sabemos también que tras la primera conferencia los Jiménez pasaron el resto de ese día con ellos y, probablemente, con alguno de los otros amigos que el matrimonio español ya conocía antes de su visita a Montevideo: «Le agradecemos profundamente su regalo de este atardecer. Un abrazo conmovido de Alfredo y Esther de Cáceres».<sup>3</sup>

El domingo 15 de agosto fue un día fundamental en la visita de Juan Ramón a Montevideo y, también, y creo que sin exagerar, en la historia de la poesía moderna uruguaya. Ese día se reunieron, en torno al poeta español, en casa de los escritores Amanda Berenguer y José Pedro Díaz, un grupo considerable de jóvenes escritores uruguayos de la que luego se denominaría generación del 45. De ese encuentro tenemos diferentes y felices testimonios. Algunos están escritos tiempo después, pero otros, como el siguiente de José Pedro Díaz, tienen la fuerza que da la inmediatez:

Viene esta tarde a casa Juan Ramón Jiménez a hacer una lectura de nuevos poemas. Vienen además de los amigos de siempre, Oribe, Idea, Rodríguez Monegal y Angelita García Lagos [...].

(después)

La impresión que me produjo JRJ fue mucho mejor en casa que en el hotel. Lo sentí mucho más simpático y abierto. Estuvo visiblemente contento durante el tiempo que pasó aquí. [...] Leyó muy poco: algunos poemas del libro que inició en el viaje, en Nueva York: *Animal de fondo* (de fondo de aire). Y es —dijo— un libro místico, el hallazgo de su dios inmanente, el dios del poeta que es la forma. Algunos de esos poemas me importaron más que lo que de él conocía. Y no

<sup>3</sup> El telegrama se guarda en la Sala Zenobia y JRJ de la Universidad de Puerto Rico.

debe haber sido solo su voz —ya que lee admirablemente— sino que en realidad leyó poemas de una tonalidad más honda (2011: 221).

Del buen ambiente que reinaba esa tarde en casa de Amanda Berenguer y José Pedro Díaz, son fiel reflejo las palabras que el anfitrión del encuentro dedica a la esposa del poeta: «Zenobia, comunicativa, amabilísima, cariñosa, tuvo una cordialidad maravillosa con nosotros. Recordaba, viendo nuestra casa, la que ellos habitaron en Miami, y nos prometían no olvidarla nunca» (2011: 221).

Emocionante resulta también el testimonio primero de Emir Rodríguez Monegal, quien al final del artículo «Imagen sugestiva de Juan Ramón Jiménez», publicado en agosto de 1948 en el semanario *Marcha*, da noticia del encuentro del poeta español con los escritores jóvenes:

Ante un grupo de jóvenes, poetas y escritores, leyó Juan Ramón Jiménez algunas piezas de su libro inédito (*Animal de fondo de aire* quizá se llame, aludiendo al hombre encerrado irremisiblemente en las capas inferiores de la atmósfera), obra iniciada al enfrentarse el poeta una vez más con el océano en total renovación creadora como en 1916 cuando el *Diario de un poeta recién casado*. Inicia con estos poemas Juan Ramón una modalidad más metafísica, una nueva etapa de su poesía sucesiva siempre, viva (1948: 15).

La poeta Amanda Berenguer, anfitriona del encuentro, también escribió años más tarde, con profunda emoción, sobre aquella tarde inolvidable:

Observo la memoria: Me veo en nuestra casa de la calle Mangaripé (hoy María Espínola), esperando ansiosa y deslumbrada. El espacio brilla. [...] Esa tarde recibíamos a JRJ y a su esposa Zenobia Camprubí. Se reunió nuestra joven generación literaria.

[...]

Y escuchamos a Juan Ramón. Aún vibra en mis oídos su voz profunda, una voz de océano o árbol señorial que cubrió esa tarde de *Animal de fondo de aire* (su último libro entonces inédito). Decía sus poemas religiosamente, como el padre de *Las bodas* de Stravinsky (2021: 204-205).

De esta visita, casi fundacional, es la conocida foto de los poetas uruguayos de la generación del 45 con Zenobia y JRJ. Por varias fuentes sabemos que también estuvo esa tarde el poeta mayor Emilio Oribe que, sin embargo, no aparece en la foto. Cabría pensar, por tanto, que fue él quien la tomó.



Fig. 1. De pie: Zulema Silva Vila, Manuel Claps, Carlos Maggi, María Inés Silva Vila, JRJ, Idea Vilariño, Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama. Sentados: José Pedro Díaz, Amanda Berenguer, Zenobia Camprubí, Ida Vitale, Elda Lago, Maneco Flores Mora

María Inés Silva Vila, otra de las jóvenes uruguayas de la generación del 45, también escribió sobre ese momento:

De manera que se hizo la reunión en Mangaripé y pasamos la tarde con Juan Ramón y con Zenobia, su mujer y permanente intermediaria con el mundo y hasta con los quince lápices que él necesitaba para escribir y ella se encargaba de mantener perfectamente afilados. Juan Ramón tenía unos hermosos ojos negros, de árabe, y su voz sonaba maravillosamente cuando nos leyó un poema. Qué tristeza de olor a jazmines, me parece recordar, pero no sé si se trata de un verso jamás releído o del perfume a flores que entraba por la ventana abierta (Alzugarat, 2019: 54-55).

Hay un tema fundamental de aquella visita a Montevideo que no puedo más que esbozar aquí. Se trata de la coincidencia en el

tiempo de la estancia de Juan Ramón Jiménez con la presencia de José Bergamín, que vivía en esa época en Montevideo. Habría que hablar de un verdadero desencuentro, porque no solo Jiménez y Bergamín no quisieron encontrarse, sino que se *desencontraron* en la división que ya había empezado a darse en el grupo de escritores jóvenes uruguayos. No hay lugar aquí para desarrollar un tema tan interesante como lleno de aristas. Los años de Bergamín en Uruguay darían sin duda para un libro apasionante y, en él, sería crucial la coincidencia en el tiempo con la fulgurante visita de Juan Ramón.

Seis años después de ese viaje, Ángel Rama, en carta a Jorge Guillén, escribía: «No es exagerar nada afirmar que este viaje, unido a la presencia polémica de Bergamín, partió en dos una generación que venía buscando voz y norte» (Rama, 2022: 136). Sin duda, Rama exagera al respecto. Aunque indudablemente la presencia del poeta de Moguer en Montevideo influyó en la relación que tenían los escritores jóvenes con Bergamín, el grupo ya había comenzado a dividirse antes de la llegada del poeta andaluz a Montevideo. Como es sabido, la animosidad se dio muy pronto y, especialmente, entre los dos críticos del grupo, Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal, pero no solo entre ellos.

En este tema, el estudio de los pormenores de la revista *Clinamen*, fundada por Manuel Claps, Ángel Rama e Ida Vitale, sin duda arrojará la necesaria luz. Como ha señalado Ana Inés Larre Borges:

La aventura de *Clinamen* duró solo dos años, y cinco números, pero fue intensa. Allí, entre 1947 y 1948, se dio la discusión sobre la identidad generacional, se forjó un agudo sentido de pertenencia, se consolidaron las figuras de la generación, se perfilaron liderazgos y se gestó la rivalidad entre grupos y personalidades (2018: xxv).

Hay que decir, por otra parte, que desde el principio Juan Ramón tuvo predilección, con su proverbial agudeza de visión, por dos de las poetas del grupo: Idea Vilarriño e Ida Vitale. Ya antes de que Juan Ramón llegara a Montevideo, Idea no entendía la devoción de algunos de sus compañeros por Bergamín y, menos aún, que se le comparara con Jiménez, que para ella estaba muy por encima de Bergamín en todos los aspectos: obra, personalidad y presencia.

Llegó Bergamín y todo ese grupo le hizo una aureola de genio que no tenía. [...] En una nota que escribió hace unos años, María Inés

Silva Vila dice que la conversación de Bergamín tenía «la trasmisión mágica del conocimiento». ¡Al diablo! Decía disparates tales como que Ramón Gómez de la Serna era el más grande poeta de la generación del 98, más que Antonio Machado y que Juan Ramón Jiménez, como lo dijo en una conferencia en el Paraninfo de la Universidad. En realidad, él se había metido en la línea de las greguerías de Gómez de la Serna, conocía bien esos recursos, chistes y jueguitos de palabras, pero de magia no había nada (Rocca, 2001: 5-6).

Distinto es el caso de Ida Vitale. La poeta de *Palabra dada* fue alumna de Bergamín en la universidad y siempre, hasta hoy mismo, ha recordado al escritor madrileño como un maestro inolvidable. Ello no impidió nunca que en la poesía siempre prefiriese a Juan Ramón:

Poéticamente no me cabían dudas. Creía y sigo creyendo que la España de este siglo no ha dado poeta mayor que Juan Ramón Jiménez y que su última lección poética sigue siendo inagotable. Pero la generosidad magistral de Bergamín me había ganado (2019: 71).

Así pues, Ida Vitale supo ser fiel a José Bergamín, su maestro, y mantener siempre una buena relación con Juan Ramón. Prueba de ello son las bellísimas palabras que este le dedica en carta a Emir Rodríguez Monegal, el 29 de mayo de 1954, muy poco antes de que dejara definitivamente de escribir:

Y anteayer llegó *Palabra dada* de Ida Vitale, que leí seguido. Cuando vi su nombre la vez primera, me dije: «¡Qué nombre de mujer para llenarlo de misterio y encanto!». Pues Ida Vitale lo ha llenado, se ha llenado su nombre por fortuna.<sup>4</sup>

No puedo dejar de comentar aquí la relación que Juan Ramón tuvo con otro matrimonio joven uruguayo, cuya casa en Montevideo también fue centro de encuentro para los poetas de entonces. Me refiero a Julio Bayce y Beatriz García Lagos. No he podido aún datar con exactitud el día del encuentro con ellos, pero sí documentar esa relación. Juan Ramón publicó en el número 5 de la revista *Escritura*, dirigida por Bayce, el poema «Con la Cruz del Sur». Este

<sup>4</sup> Reproduzco el texto a partir del borrador que se guarda en la Sala Zenobia y JRJ. La carta nunca fue enviada.



hecho tiene especial relevancia, ya que ese número de la revista se editó en setiembre de 1948, cuando el poeta de Moguer aún estaba en el Río de la Plata. De hecho, y si no me equivoco, es el único poema que Juan Ramón publicó en Uruguay durante el viaje. Es, además, no solo un poema bellísimo, sino esencial dentro de la estructura de *Animal de fondo*, libro que se editó en Buenos Aires solo ocho meses después del regreso de los Jiménez a EE. UU.

Ya de vuelta en Riverdale, Juan Ramón escribió a Julio Bayce, pidiéndole noticias de la actividad editorial de los poetas jóvenes uruguayos, así como rogándole el envío de algunos números de *Escritura*. La tarjeta postal, inédita, se conserva en el archivo familiar de Rafael Bayce —hijo de Julio Bayce y Beatriz García Lagos—, a quien visité en Montevideo y que amablemente me permitió hacer copia de ella. Por su importancia, la doy aquí, por vez primera:

[Riverdale, finales de 1948]

Señor don Julio Bayce:

Muchas gracias por los ejemplares (que acabo de recibir) de los números 6 y 7 de *Escritura*.

Me da una alegría con enviármelos. Los dos números me parecen *muy ricos* de contenido y dirección. Enhorabuena.

Recibo también *Número. Clinamen* ¿desapareció? ¿Qué hay de *Fábula*? Si usted me da noticias de todo esto, se lo agradeceré mucho.

Me falta el número 5 de *Escritura*. ¿Puede usted enviármelo?

Muchas gracias por todo de su afmo amigo,

Juan Ramón Jiménez

(Enviaré mi segunda *cuota* de suscriptor.)

Hay otro tema muy interesante que quiero relatar aquí y es la importancia que daban Zenobia y Juan Ramón a los pequeños lectores. Es este un capítulo tan fundamental como inédito, y también muy importante, en el viaje al Río de la Plata. En cada ciudad que visitaron, los Jiménez acudieron siempre a las escuelas que se lo solicitaron, o recibieron visita de sus alumnos y profesores en el hotel en el que se hospedaban. En el caso de Montevideo, me consta que tuvieron relación por lo menos con tres: la Escuela Sanguinetti, el Colegio Cervantes —el martes 17 de agosto, por la mañana— y la

Escuela n.º 86 José Enrique Rodó. En carta a Juan Guerrero, Zenobia escribe con emoción sobre la visita al Colegio Cervantes:

Montevideo recibió a J. R. entrañablemente. Creo haberle contado lo del coro de quinientos niños que le cantó a J. R. canciones españolas; el colegio estaba todo engalanado con dibujos y acuarelas de ilustración de *Platero* y de poesías de J. R. Algunos niños recitaron sus cosas, incluso un retaquito espontáneo que, puesto sobre una mesa, resultó que solo sabía el título y todo lo demás lo dijo pidiendo información a los compañeros. Pero a pesar de las niñas y las flores y la maravillosa manera de cantar, lo más precioso fue un pequeño que le echó los brazos a J. R. y le dijo: «Cuando me muera me quiero ir con usted» (2006: 705).

De la relación de Juan Ramón y Zenobia con la Escuela n.º 86 José Enrique Rodó tenemos también un testimonio excepcional. En el viaje al Río de la Plata que yo mismo hice en los meses de octubre y noviembre de 2022, siguiendo los pasos del poeta de Moguer, tuve la suerte de entrevistarme con una alumna de dicha escuela que conoció al matrimonio español. Se trata de la hoy escritora y académica uruguaya Lisa Block de Behar. Le pedí su testimonio para este artículo y aquí lo reproduzco gracias a su amabilidad:

Ya no son unas pocas líneas, Alfonso, discúlpame, pero creo que la mente, el alma, la memoria, suelen reconciliarse así, cuando pasa por el corazón, *par cœur, by heart*, una cuerda, un cordón desatan tantos recuerdos. Preví evocar un breve episodio, pero salió a luz tan vívido que precipitó toda una escena, multiplicándose, uno, otro, y otros más.

Hace tanto tiempo, setenta y cinco años, desde el encuentro con Juan Ramón Jiménez en el salón de té del Hotel La Alhambra; tenía once años en agosto de 1948 y, desde entonces, fuiste tú y no otro quien se interesó por recuperar ese encuentro que había permanecido oculto en un rincón, en ese «vago sótano» dice el poeta, como una anécdota arrumbada, que no cuenta casi nada, no publicada (que es eso lo que significa en su origen griego, esa condición inédita de *anécdota*), ni publicada ni conversada.

Presumo que haya sido una feliz iniciativa, entre muchas más, de Elvira Nardecchia, directora de la Escuela n.º 86, José Enrique Rodó, quien al enterarse de la presencia de Juan Ramón en Montevideo programó la visita. Pocos días antes de que se llevara a cabo, nos había invitado a tres alumnos de 6.º año a acompañarla. Fuimos

con Ana María Balparda, una valiosa compañera de 6.º año, a quien reencontré muchos años después como Directora de Cultura (1990 a 1992) y con quien conversé largamente días pasados para confirmar algunas huellas de este acontecimiento escolar.

También fue de la partida Jorge Omar Sclavo, el Cuque, compañero también de clase, escritor, director teatral, crítico de cine, periodista radial, fundador de revistas, gran humorista, una figura intelectual y artística que se destacó durante décadas en nuestro medio cultural y a quien dedicamos una página en *Anáforas*. La figura algo imprecisa de la maestra, admirable Elsa Tróccoli de Secondo, se perfila entre nosotros; no podría asegurar que estuviera en la reunión, aunque recuerdo que nos sugirió, atenta, discreta, cómo actuar en circunstancias bastante diferentes a las habituales.

Recuerdo la túnica de piqué almidonada, crujiente, de punta en blanco, la moña de azul sedoso apenas brillaba, suave, que mi madre reservaba para las ceremonias festivas de la escuela.

¿Cómo llegamos desde casa o desde la escuela a la Plaza Constitución? ¿En ómnibus, en taxi, en auto? Allí, en la esquina de Sarandí y Juan Carlos Gómez, se imponía el hotel, elegante, suntuoso y sobrio a la vez. Inolvidables *las boiseries*, los tapizados, los cristales, discretos, lucían apenas iluminados por una luz casi íntima.

La atmósfera natural, acogedora. Atentos, amables, recibían Zenobia y Juan Ramón a una pequeña delegación infantil, el aroma del té, de tostadas o de budín inglés, se confundían con fragancias de flores, de maderas lustradas. Nos sentíamos a gusto, ellos, nosotros, la conversación pausada, pautada por cierta melancolía, por cierta nostalgia, alternada por un silencio pensativo. Las horas no debían pasar, se detenían en el Alhambra.

Como todos los escolares de entonces, supongo, sabíamos de memoria las primeras páginas de *Platero*, un personaje de una especie diferente, inesperado en una narración que no había sido pensada para niños, que no se definiría como una fábula, un personaje tan presente que se diría que rondaba, que andaba cerca.

Un Juan Ramón cercano, amistoso; su obra, su prestigio, no intimidaban. Tan afable que no sorprendía la bondadosa tristeza de sus ojos, muy oscuros, de un iris sombrío que no dejaban espacio al blanco, como si le cubrieran el rostro dulce, taciturno. Parecía que nos miraba, nos abarcaba, a todos.

Por eso tampoco me sorprendió que me hablara; ahora no podría precisar ni imaginar qué decía, ni cómo me atreví a musitar algo,

algo impensado: «Tiene los mismos ojos de Platero», sin contar con que, gracias a las ambigüedades verbales, coincidían en una misma voz el poeta y quienes le escuchaban.

El día 17 de agosto por la tarde, víspera de su regreso a Buenos Aires, Juan Ramón recibió el hermoso homenaje del Senado de Uruguay. De él quedó constancia para siempre en el Diario de Sesiones de la institución política uruguaya, a continuación reproduzco un fragmento:

Saludamos en él (JRJ) a uno de los poetas más altos de la España de todos los tiempos. Pero tiene también, para nosotros, otro significado: Juan Ramón Jiménez es actualmente uno de los representantes de la España peregrina, aventado fuera de las fronteras de la patria por la tiranía, y que mantiene en el exilio la libertad del espíritu, sin la cual se acaba toda cultura y perecen y se marchitan los dones del alma. Saludo, pues, al poeta errante, mensajero de la poesía y mensajero de una nueva España que deseamos ver alborear, deseando que la lámpara que veía sobre su mesa de trabajo, nunca ociosa, vuelva a encenderse pronto en una España libre y renovada, abierta a los cuatro vientos del espíritu. Nada más, señor Presidente.<sup>5</sup>

El mismo 17 de agosto, muy pronto por la mañana, Juan Ramón y Zenobia recibían en el Hotel La Alhambra el siguiente telegrama, inédito hasta hoy, de la poeta uruguaya Juana de Ibarbourou: «Por admiración y simpatía ya siento que se me van dos ternuras».<sup>6</sup>

No tenemos constancia del día en que el matrimonio español visitó a la poeta uruguaya, pero ella misma narró años después el encuentro:

Los traje a mi casa Dora Isella Rusell, con el inevitable cortejo de admiradores. [...] En ningún momento sorprendí al poeta malhumorado o nervioso según su fama. Puedo asegurar que solo vi a un Juan Ramón dulce, barbado, enjuto, grisáceo dentro de su aureola, paciente con las poetisas que lo abrumaban con su amor, monosilábico, cansado, sonriente. A su lado se ensanchaba la figura maciza de Zenobia, de ojos claros «como la diosa». Quise que se llevaran un

<sup>5</sup> Secretaría del Senado. *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, n.º 188, 35.ª Sesión Ordinaria, 17 de agosto de 1948, p. 540.

<sup>6</sup> Sala Zenobia y JRJ de la Universidad de Puerto Rico.

recuerdo de mi casa y puse en las manos de ella un antiguo salero de plata francesa, auténtico viejo de un par de siglos. Él me besó la mano, feliz en ese instante, pues tenía el buen gusto ejercitado y fino. Ella bromeó con su acentuado y tan gracioso dejo natal: —¡Un salero! Pues vaciaré en el plato de Juan Ramón toda la sal que contenga —y siempre estará lleno— cuando se ponga pesado (1958: 219).

Hay, por último, un detalle de la estancia de Juan Ramón y Zenobia en Montevideo, desconocido hasta hoy, con el que quiero terminar este acercamiento a aquellos días de agosto de 1948. Gracias a la correspondencia del poeta sabemos que él y su esposa tenían que regresar a EE. UU. más pronto de lo que lo hicieron, porque tenían un compromiso previo con la Universidad de Maryland, donde ambos daban clases. En carta del 22 de setiembre a su amiga Inés Muñoz, Zenobia escribe al respecto:

El *Río Tercero* no ha venido todavía y, hasta que lo haga, no habrá nada seguro sobre su salida. ¿Llamarías al doctor y a Mr. Zucker...? Diles esto y también que en cuanto vaya se lo diré directamente, o quizás sería mejor que no, porque recuerdo que ya les dije que nosotros no volveríamos hasta el 21 de setiembre que era la fecha prevista (2006: 798).

Así pues, el matrimonio español tenía previsto, inicialmente, volver a EE. UU. el 21 de setiembre. Sin embargo, no llegaron a su casa de Riverdale hasta el 30 de noviembre.

Por una carta, inédita hasta hoy, de Zenobia y Juan Ramón a Esther de Cáceres, fechada el 1.º de noviembre en Montevideo, he descubierto algo que no se sabía hasta la fecha: siempre se había creído que a principios de noviembre el matrimonio español estaba en Buenos Aires, cuando en realidad estaba en Montevideo.

[Carta de Zenobia Camprubí a Esther de Cáceres,  
con el membrete «Hotel La Alhambra, Montevideo, Uruguay»]  
1.º de noviembre de 1948.

Querida Esther:

No sabe qué pena tengo, tenemos, de haber encontrado ese papelito triste sobre su puerta. ¡Qué enorme desilusión! Además, por las circunstancias precipitadas en que vinimos, no traíamos el teléfono de Gastón Figueira... ¡Qué mala suerte! Un abrazo de los dos, Zenobia.

[Con letra de JR] Con un gran abrazo, Juan Ramón. Recuerdos a los buenos amigos.<sup>7</sup>

Hasta ahora nunca nadie había constatado que los Jiménez estaban en Montevideo a principios de noviembre. A pesar de que solo se trata de dos o tres días, el detalle biográfico es importante. Como se lee en la carta citada, quisieron ver de nuevo a Esther de Cáceres y a Gastón Figueira, pero no les fue posible.

El día 3 de noviembre, el matrimonio español ya estaba en Buenos Aires. Así lo constata la fecha de la carta dirigida al editor catalán Antonio López Llausás, buen amigo de ambos, exiliado en Buenos Aires desde 1939:

Querido amigo: Por incumplimiento de la compañía naviera, aquí nos tiene usted de nuevo, y muy inesperadamente, en Buenos Aires. Seguimos con el pie en la escala. No ya del *Río Tercero* sino del *Río Chico* que, rogamos a Dios, nos sea más propicio (2022: 809).<sup>8</sup>

Por otra carta de Zenobia, dirigida el 9 de noviembre a su amiga Inés Muñoz, podemos reconstruir el difícil proceso de salida de los Jiménez hacia EE. UU.:

Ha sido una terrorífica tensión para mí esta larga etapa de espera, preocupándome por la Universidad, y el golpe final fue cuando después de haber sido tan lujosa y ampliamente instalados en el *Río Tercero*, el agente vino a bordo y anunció que el doctor había cancelado su viaje en el último momento (2022: 810).

Lo que no dice Zenobia es que ese anuncio sobre el doctor —sin el cual Juan Ramón se negaba a viajar— debió de llegarles ya cuando estaban en Montevideo, y que por esa razón desembarcaron en la capital uruguaya y se instalaron de nuevo en el Hotel La Alhambra.

Por otra carta a Inés Muñoz, fechada el 10 de noviembre, sabemos que el barco *Río Chico* tampoco les fue propicio, debido a ciertas averías surgidas en el último momento. Finalmente, y gracias a una fotografía en la que aparecen Zenobia y Juan Ramón

<sup>7</sup> La carta se guarda en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional de Uruguay.

<sup>8</sup> *Río Tercero* y *Río Chico* son los nombres de los barcos.

despidiéndose de un grupo de amigos argentinos desde la cubierta del barco, puede fecharse la salida de Buenos Aires camino a Nueva York el 12 de noviembre de 1948 —cuatro meses exactos después de su llegada a Montevideo—, precisamente en un barco cuyo nombre era *Uruguay*.

## Referencias bibliográficas

- ALZUGARAT, Alfredo. «Cuando Montevideo era la unión de los contrarios, Juan Ramón, Bergamín y los jóvenes del 45», en *Revista de la Biblioteca Nacional. Polémicas*, n.º 15, 2019, pp. 54-55.
- BERENGUER, Amanda. *Donde anida el rayo*. Prefacio de Luis Bravo. Montevideo: Estuario, 2021.
- CAMPRUBÍ, Zenobia. *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz 1917-1956*. Edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.
- . *Epistolario III. 1936-1956*. Edición de Emilia Cortés Ibáñez. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2022.
- DE IBARBOUROU, Juana. «La voz de la Academia N. de Letras en homenaje a Juan Ramón Jiménez», en *Revista Nacional. Literatura, arte, ciencia*, segundo ciclo, año III, n.º 196, abril-junio de 1958, p. 219.
- DÍAZ, José Pedro. *Diario de José Pedro Díaz (1942-1956; 1971;1998)*. Edición, prólogo y notas de Alfredo Alzugarat. Montevideo: Biblioteca Nacional de Uruguay, Ediciones de la Banda Oriental, 2011.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón. *Epistolario I. 1898-1916*. Edición de Alfonso Alegre Heitzmann. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.
- RAMA, Ángel. *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983*. Edición de Amparo Rama. Textos introductorios de Rosario Peyrou y Beatriz Sarlo. Montevideo: Estuario, 2022.
- RAMELA, Carlos. «Las conferencias de Juan R. Jiménez», en *Marcha*, año x, n.º 442, 1948, p. 14.
- ROCCA, Pablo. «De las revistas literarias y otros quehaceres (Diálogo con Idea Vilariño, Manuel A. Claps y Mario Benedetti)», 2001. Recuperado de <<https://anaforas.fic.edu.uy>>
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emif. «Imagen sugestiva de Juan Ramón Jiménez», en *Marcha*, año x, n.º 442, 1948, p. 15.
- . «Rodó y Juan Ramón Jiménez. Páginas de una correspondencia», en *Marcha*, año xvi, n.º 725, 1954, pp. 25-26.
- VILARIÑO, Idea. *De la poesía y los poetas*. Recopilación y prólogo de Ana Inés Larre Borges. Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 208, Montevideo: Biblioteca Artigas, 2018.
- VITALE, Ida. *Resurrecciones y rescates*. Montevideo: Estuario, 2019.